



Fermentum. Revista Venezolana de
Sociología y Antropología

ISSN: 0798-3069

fermenta@ula.ve

Universidad de los Andes
Venezuela

Pereira Colls, Nory; Mejía, Nelly; Carnevali, Norma

La vivienda indígena de los timote. Representación de su cosmovisión e hibridación

Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, vol. 19, núm. 56, septiembre-
diciembre, 2009, pp. 474-496

Universidad de los Andes
Mérida, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70517761004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La vivienda indígena de los timote

Representación de su cosmovisión e hibridación

Pereira Colls, Nory¹

Mejía, Nelly²

Carnevali, Norma³

Resumen

El presente artículo es parte de una investigación que se adelanta en el Centro de Investigaciones de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad de Los Andes, y forma parte de un proyecto más amplio vinculado con el Atlas de la Vivienda Rural en los Andes Venezolanos, con el apoyo del Programa de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo (CYTED) y el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT) de la Universidad de Los Andes por intermedio de la Agenda Papa. Es una investigación de carácter fenomenológico y se fundamenta en trabajo de campo que permite reconocer y valorar las invariantes de la vivienda indígena timote en la zona del páramo merideño, así como su permeabilidad a los procesos de aculturación derivados del contacto con otras culturas y del acercamiento a las zonas pobladas cercanas.

Palabras clave: comunidades indígenas, timote, Paramito, arquitectura vernácula, vivienda indígena

1 Arquitecta, magíster scientiae en Ingeniería del Transporte. Decana de la Facultad de Arte de la Universidad de Los Andes, investigadora del Centro de Investigaciones de la Vivienda CINVIV, investigadora activa PPI II y PEI. Líneas de Investigación: Vivienda y desarrollo social, Vivienda saludable, Vivienda rural, Arquitectura indígena. Correo electrónico: norypc@ula.ve

2 Arquitecta, investigadora del Centro de Investigaciones de la Vivienda CINVIV, tesista de la maestría en Instalaciones Arquitectónicas. PPI I y PEI. Líneas de Investigación: Vivienda y desarrollo social, Vivienda rural, Vivienda saludable, Arquitectura indígena. Correo electrónico: nellym@hotmail.com

3 Arquitecta, magíster scientiae en Urbanismo para la Administración Local, investigadora del Centro de Investigaciones de la Vivienda CINVIV, PPI II y PEI. Líneas de Investigación: Vivienda y desarrollo social, Vivienda saludable, Vivienda rural, arquitectura indígena. Coordinadora del Postgrado en Desarrollo Rural Integrado. PPI 2007. Correo electrónico: ncarnevali@hotmail.com

Abstract

THE TIMOTE'S INDIGENOUS HOUSING

This article corresponds to an ongoing research carried out by the Research Centre of Housing of the Faculty of Architecture and Design, and it is part of a broader project related to the Housing Rural Atlas in the Venezuelan Andes, supported by the Science and Technology Development Program and the Scientific, Humanistic, and Technological Development Council of Universidad de Los Andes through the Papal Agenda. This is a research of phenomenological characteristics and based on fieldwork which allows to recognize and assess the indigenous Timote housing invariants at the Mérida's moor zone, as well as its permeability to the process of acculturation derived from its contact with other cultures and the approach to the closed inhabited zones.

Key words: *indigenous communities, Timote, Paramito, vernacular architecture, indigenous housing*

1. Introducción

La vivienda, como forma cognitiva, expresa todos los valores que definen la verdadera fisonomía del habitante: su concepción de la vida, de lo trascendente, de lo perdurable. La vivienda supone esencialmente cobijo y hogar —morada—, el lugar donde un grupo de personas se reúne para convivir y compartir, para satisfacer sus necesidades básicas, para relacionarse.

El hogar es el sitio más importante en la vida del ser humano, es el centro de su existencia, y su significado conlleva valores culturales, sociales, afectivos y conductuales que expresan las necesidades del hombre de tener seguridad, confort, bienestar, apego, identidad, privacidad y posibilidad de estrechar nexos sociales (Wisnfeld, 2001). El cobijo, surge como necesidad básica y primaria de protección ante los fenómenos naturales. La manera como el hombre representa y expresa esta condición en sus espacios y en la forma de apropiarse de ellos, determinan el *tiempo* y el *lugar*.

El *tiempo*, porque en la medida que el hombre amplía su horizonte y su conocimiento tecnológico, en esa misma medida va adquiriendo rasgos y costumbres que van marcando la expresión del lugar donde mora. Son la tradición y el tiempo los elementos que permiten la

invención, la aculturación y la difusión de nuevas manifestaciones que definen las diversas expresiones del hombre, su espacio vital y sus costumbres, determinando una forma que es la misma que marca el tiempo; y hay muchos tiempos en la tradición. Y el *lugar* es tiempo en espacio, según palabras de Hegel, "Una unión del espacio y el tiempo, en la que el espacio se concreta en un ahora al mismo tiempo que el tiempo se concreta en un aquí" (Muntañola, 1974:24). Sólo el tiempo y el lugar bastan para entender cómo el hombre se inserta dentro de un espacio que lo hace suyo, lo entiende y lo modifica, señalando el tiempo que le corresponde vivir y representar. Es la visión sincrética y la asunción de las leyes naturales que asume los principios cósmicos que regulan el universo; es el inicio de toda acción humana representada por el hombre en su morada. También el lugar brinda al hombre la posibilidad de satisfacer sus necesidades básicas: cobijo, alimento y comunicación; y es el lugar el que le ofrece los elementos que le permiten representar su hábitat y su modo de vida, integrándose al ecosistema local, haciendo uso de los recursos que le proporciona la naturaleza y asimilando todas las condiciones favorables de su propia geografía.

El hombre quiere hacerse un alojamiento que le cubra sin sepultarse. Algunas ramas cortadas en el bosque son los materiales adecuados para su diseño. Elige los más fuertes y los levanta perpendicularmente formando un cuadrado. Encima coloca otros cuatro transversales; y sobre estos, otros inclinados en dos vertientes formando un vértice en el centro. Esta especie de techo se cubre con hojas tupidas para que ni el sol ni la lluvia puedan entrar; y he aquí el hombre alojado. Es cierto que el frío y el calor le harán sentir incomodidad en la casa abierta por todas partes; pero entonces rellenará de palos el espacio entre los pilares y así quedará asegurado. La pequeña cabaña rústica que he descrito es el modelo sobre el que se han imaginado todas las magnificencias de la arquitectura. Y es aproximándose, en la ejecución, a la simplicidad de este primer modelo como se evitan los grandes defectos, como se alcanzan las verdaderas perfecciones (Patetta, 1984:195).

Esta descripción de la vivienda constituye la mejor expresión de la arquitectura que deviene en la representación del hombre y su hábitat, traduciendo un modo de vida vinculado al lugar, en una hibridación que justifica sus espacios y su asociación con los elementos naturales. La variada morfología del territorio en el que se insertan define la tipología que los caracteriza, de manera aislada o conformando asentamientos, configurando un paisaje reconocible en su geografía e individualizado

en su expresión. Son las formas, el uso de los materiales de la zona, la manera de apropiarse del espacio circundante y de establecer vínculos que van más allá del cobijo, lo que determina la característica fundamental de la arquitectura de cada región. Su expresión formal actual se rige por patrones atávicos que son el resultado del mestizaje de formas y técnicas constructivas propias y ajenas.

El presente estudio es el resultado parcial de una investigación que se viene realizando en una comunidad indígena venezolana, situada en la zona del páramo merideño (conocido como Paramito) que fue –y aún mantiene esta condición– un resguardo indígena asignado por el visitador Juan Gómez Garzón en 1594 a los indios Mucuxaman, Quindora, Chiquinpu, Mucumbas y Mucugua, que al ser confinados al mismo resguardo se les nombró Timotes (Bastidas, 1997:63). Particularmente se estudian las invariantes de la arquitectura original y las modificaciones que se han incorporado en el tiempo, como resultado de influencias de diversa índole.

2. Los orígenes

Según los precursores de la etnografía andina, eran innumerables los pueblos que ocupaban la región andina antes de la llegada de los españoles. Por su condición etnográfica fueron señalados como parte de la población indígena “que tenía su centro principal en la altiplanicie de Cundinamarca, asiento de los Chibchas y Muisca, cuyo imperio ocupaba el tercer lugar en el orden jerárquico de la antigua civilización del Nuevo Mundo” (Febres, 1960:49). El mismo autor señala:

Entre ellos figuraban los Timotes, nación fuerte y guerrera que daba nombre a la comarca, confinantes con los Cuicas de Trujillo, los Mucuchíes, Escagüeyes y Tabayes, del otro lado del páramo hacia Mérida; los Mucunoes, Mucubaches, Mirripuyes, Miguríes, Aricaguas, Judigües, Mucutuyes y Canaguaes, que ocupaban las regiones del Sur, confinantes estos últimos con las tribus de los llanos (1960:49).

Es importante señalar que de toda esta gran variedad étnica, los grupos que más se destacaron fueron los denominados Timotes y Cuicas, quienes eran los más numerosos; sin embargo, existieron muchos pueblos que habitaban el valle de Mérida y regiones contiguas cuya toponimia mantiene el radical Muku.

El nombre de Timoto-cuicas corresponde a una denominación arbitraria de los pioneros de la etnología venezolana, abarcando a todos los grupos indígenas de la región; pero en realidad no se sabe con exactitud cuales eran estos pueblos. No obstante, se sabe que los Cuicas estaban ubicados en las zonas templadas y los Timotes en las zonas frías. Ambos grupos presentaban una alta densidad de población y desarrollaron una avanzada agricultura que se destacó en dos aspectos: el primero, la práctica de la roza y la quema en el cultivo, lo cual era determinante por su carácter itinerante; y el segundo, el control de los recursos hidráulicos a través del terraceo agrícola y la acequias o canales de riego. Esta población indígena respondía a formas de asentamiento caracterizadas por una estructura sociopolítica posiblemente cacical, con una economía basada en la agricultura, sobre todo, en zonas de difícil accesibilidad —como las laderas de las montañas que los circundaban—, con modernos sistemas de riego apoyados en el uso de andenes, sistema de riego cuyo conocimiento se extendió hasta la costa venezolana.⁴ En el relato de Tulio Febres Cordero, producto de un viaje realizado a la zona andina en el año 1894, describe estos andenes como:

“... gradas de un empinado cerro, cortados en planos sucesivos hasta la cúspide. Cada uno de estos andenes tenían hasta tres y cuatro varas de ancho, y en conjunto componían una gigantesca escalinata cubierta de pasto natural tan elevado que apenas dejaba entrever los cimientos de las piedras. Estas amplias terrazas dedicadas al cultivo eran llamadas poyos o catafós por los indígenas” (Febres, 1936:54).

De esta manera se construyeron las únicas obras de infraestructura destacables de la cultura indígena andina: conos, andenes, terrazas, canales, quimpúes, mintoyes⁵ y silos, entre otras.

4 Según Acosta Saignes (1961), con barro y piedra construían los indígenas de la zona andina enormes tanques donde recogían las aguas de las lluvias, almacenándolas en esos vastos depósitos para el momento indispensable de su consumo en la agricultura. A estos tanques se les llamaba quimpúes. Largas acequias llevaban luego el agua así recogida, desde tan elevado depósito hasta los más apartados catafós, asegurando de ese modo el riego regular de las tierras penosamente ganadas a la montaña.

5 Según E. Wagner, los mintoyes son construcciones de piedra que pudieron servir como tumbas “Los hay de diversas formas, pero generalmente consisten de una cámara circular sellada con dos lajas, y en los cuales según las fuentes históricas se enterraba a los muertos con su parafernalia votiva” (1987:14).

También se observa en estas culturas que los hechos naturales tienen tanta significación como los hechos sociales, por lo que era esencial mantener un equilibrio natural-ecológico, y una posesión feliz y tranquila de la tierra; y la mejor manifestación de este pensamiento se traduce en la construcción de su hábitat y en la ubicación de sus creencias, como lo manifiesta E. Wagner (1987:12) al definir los espacios sagrados:

...el escenario de prácticas religiosas como lo atestigua el hallazgo de objetos ceremoniales en cuevas y abrigos rocosos elevados, llamados localmente por los campesinos santuarios.... Parte de este ajuar, vinculado a la vida sobrenatural, probablemente fue depositado también allí por los aborígenes de la tierra fría para venerar elementos de la naturaleza como los picos nevados, las lagunas, glaciales, el sol y la luna.

Los indígenas creen que la naturaleza tiene poderes en alguna de sus manifestaciones, como animales, piedras, lagunas, aires, plantas, etc. Todos estos seres se entremezclan en historias que forman su religión. De las piedras se cree que son inmortales, ya que están sembradas en la tierra, que se alimentan de ésta y mientras crecen le retribuyen la energía recibida; esta energía crece a medida que envejecen aumentando sus poderes, razón por la cual es a éstas, a las más viejas, a las que se les rinde culto. Estas manifestaciones también se preservan en su cosmogonía, siendo el aspecto más destacable su respeto y temor a la naturaleza, motivo por el cual no habitan o cultivan en las cumbres de las montañas y piden permiso para invadir temporalmente su territorio, como lo describen en su tradición oral:

"Comenzaron a bajar por una estrecha y oscura galería de rocas. Sin embargo, no habían avanzado diez metros cuando una intensa luz comenzó a llenar el túnel. Así, llegaron a un punto en el que el camino se ensanchaba considerablemente y la Sra. Rosa observó asombrada como el techo del túnel se hacía progresivamente traslúcido. Un inmenso cristal formaba sobre sus cabezas una especie de gigantesca ventana a través de la que podía verse todo el valle con sus riscos, sus pantanos y sus extrañas flores y hongos. La laguna funcionaba como una gigantesca pantalla, un ojo de pez desproporcionado desde el que los duendes del páramo monitoreaban todo lo que ocurría en el valle de entrada a su insólita casa debajo del páramo. Continuaron caminando por el "salón de la ventana", en el que había varios duendes, algunos de los cuales tenían como tareas el mantenerse alerta a todo cuanto ocurría en el exterior y se mantenían con la mirada fija en el fondo de la laguna sobre sus cabezas" (Llambí, 2003:24).

En el Paramito las piedras sagradas más importantes reciben los nombres de Don Airao y Doña Rosa (marido y mujer), con poder de mandar las lluvias, hacer aparecer y desaparecer personas, animales y objetos; además, en el sector conocido como La Lagunita, se supone que aún existe una gran concentración de energía y por ello a los espíritus o arcos se les dan ofrendas como alimentos, flores, miche y chimó. Esta admiración por la naturaleza también se evidencia en la contemplación, actividad a la que dedican cierto tiempo del día y que es condición fundamental de su existencia, aún para el diseño de sus viviendas.

3. La comunidad

La comunidad de El Paramito se encuentra localizada en el Municipio Miranda del Estado Mérida, a 35 minutos de la población de Timotes, capital del Municipio. Se sitúa en la zona de páramo a una altura que supera los 3.000 msnm y una temperatura media anual de 8°C. Cuenta con una población de 94 habitantes que constituyen 18 familias, con predominio del sexo masculino (54,26%). El 51,66% de la población es menor de 18 años, el 42,85% es población adulta y el 5,29% es mayor de 60 años. Prevalece la condición civil de soltero (68,4%) y los grupos casados (26,3%) con grupos familiares diferenciados entre 1 y 5 hijos por familia (ver Tabla No. 1). El 11,6% de la población mayor de 10 años no sabe leer ni escribir, lo cual determina una tasa de analfabetismo de un 15,94%; y el 26,31% no tiene ningún grado de instrucción. La población potencialmente activa representa el 51,64% y la tasa de desempleo es del 16,6%. La principal actividad económica es la agricultura y si bien la mujer no trabaja la tierra, posee por derecho una parcela para sembrar que cultiva pagando a un obrero de la misma comunidad que siembra y cosecha. Este dinero es exclusivamente de la mujer y no es parte del sustento familiar. Un aspecto importante es que por lo general esta parcela se encuentra cerca de la vivienda.

Tabla No. 1
Población por edad y sexo

Edad (años)	Población					
	Total		Masculina		Femenina	
0-4	12	12,77 %	5	5,32 %	7	7,45%
5-9	13	13,83	9	9,57	4	4,26
10-14	12	12,77	7	7,45	5	5,32
15-19	19	20,21	10	10,64	9	9,57
20-24	6	6,38	2	2,13	4	4,26
25-29	4	4,26	4	4,26	0	0,00
30-34	5	5,32	1	1,06	4	4,26
35-39	4	4,26	4	4,26	0	0,00
40-44	6	6,38	3	3,19	3	3,19
45-49	5	5,32	3	3,19	2	2,13
50-54	1	1,06	1	1,06	0	0,00
55-59	2	2,13	0	0,00	2	2,13
60-64	2	2,13	1	1,06	1	1,06
65-69	0	0,00	0	0,00	0	0,00
70 y más	3	3,19	1	1,06	2	2,13
Total	94 hab.	100%	51	54,26 %	43	45,74%

Fuente: Encuesta socio-económica. Centro de Investigaciones de la Vivienda. Facultad de Arquitectura y Arte. 2002

El 80% de las familias vive en casas propias y el 20% restante vive en condición prestada. El 80% de las viviendas se localizan dentro de la unidad de producción y sólo el 13,4% de las viviendas son utilizadas para labores propias de la producción y no están habitadas. En general predomina la condición de regular estado físico de la vivienda (60%) y en mal estado (40%).

Tabla No. 2
Composición Familiar/vivienda

Grupo familiar	Nº de hab/fam.	Masculino	Femenino	Nº de viviendas	Nº de fam/viv.
Familia Jesús Araujo	7	5	2	1	1
Familia Parra	13	7	6	1	2
Familia Susana Compita	5	2	3	1	1
Familia Rivas	3	2	1	1	1
Familia María Paredes	2	1	1	1	1
Familia Ramírez	4	2	2	1	1
Familia Ramón Araujo	8	4	4	1	1
Familia José Rangel	2	1	1	1	1
Familia Irene Rivas	6	2	4	1	1
Familia Néstor Andrade	7	3	4	1	1
Familia Serafino Rivera	6	2	4	1	1
Familia Pedro Rivera	3	2	1	1	1
Familia Paredes	20	11	9	1	3
Familia Juan Paredes	4	3	1	1	1
Mauro Ramírez	1	1	0	1	1
Total	94	51	43	15	18

Fuente: Encuesta socioeconómica. Centro de Investigaciones de la Vivienda.
Facultad de Arquitectura y Arte. 2002

En general las viviendas poseen uno (50%) y dos (25%) dormitorios lo que incide en su condición de hacinamiento, es decir, el 50% de la población se encuentra hacinada. Si a ello se agrega que el 75% de las viviendas no posee baños con ducha, se puede inferir el grado de deterioro de su vivienda, lo que incide notablemente en sus condiciones de salud. Las consideraciones en torno al baño son muy particulares ya que, además de asociarse a malos aires, desde el punto de vista social es una vergüenza que la persona sea vista cuando va al baño, aun en el seno de la familia, por ello se prefiere recurrir a sitios ocultos de la naturaleza donde no sean vistos. La mayoría obtiene el agua de los sistemas de riego y, a pesar de tener cocinas de gas, se sigue utilizando el fogón de leña para cocinar y mantener caliente el espacio donde comparte la familia. La basura se quema o se arroja al terreno,

dependiendo del material. Si bien existe electricidad, y todas las viviendas lo poseen, el servicio es irregular por lo que se mantiene el uso de las velas.

4. El entorno: La apropiación del espacio circundante

La tipología de la vivienda de esta región responde a tres factores fundamentales: el ambiente, que define su forma y su adaptación al relieve (fondos de valle, conos de deyección, faldas de ladera, etc.); la cultura, respondiendo a su cosmovisión y sus creencias mágico-religiosas; y a un modo de vida sustentado en la producción agrícola.

Su asiento en el territorio está vinculado con las unidades de producción y las características de su geografía, ya que se dispone de poca tierra para el cultivo y las condiciones climáticas son extremas, lo cual es determinantes en la ubicación de la vivienda dentro de la parcela y en la estructuración de los espacios en el interior de la estancia. En general, la vivienda se localiza en los bordes de la propiedad con el objeto de aprovechar al máximo las tierras de cultivo y, en la mayoría de los casos, en las laderas para, literalmente, encajarse en uno de sus lados con el fin de protegerlas del viento. La vivienda original presenta una forma cerrada, de base rectangular, con dos espacios diferenciados que se disponen de diversas maneras, dependiendo del lugar que ocupe en el relieve.

En la forma de ocupación del territorio se observa una estructura de localización en función de los lazos familiares, y la figura materna es el elemento aglutinante: el símbolo de la fertilidad. Esta afirmación deriva también de las condiciones que señalan las madres para la localización de las viviendas de los hijos y los vecinos “cerca pero no al lado”, “a la distancia que están ahora”, “cerca pero no enfrente”, “cerca de la mía”, como una necesidad de definir su territorialidad. La disposición de las viviendas, ubicadas a cierta distancia unas de otras, es lo que no permite una percepción de conjunto; por el contrario, la imagen dominante es la vivienda aislada, sumida como parte integral de un paisaje de montaña. Esta es la característica predominante de la vivienda de esta región: su aislamiento y su perfecta adecuación al lugar que ocupan, la simbiosis total con su entorno y con su actividad económica.

Un elemento que confirma esta estructura social y familiar es la organización en torno a la producción, ya que en ciertos momentos del proceso algunas actividades se realizan de manera colectiva o grupal, sobre la base de nexos familiares, vecindad, amistad, compadrazgo o intereses comunes. Al respecto, G. Luengo (1993:39) señala:

Aún hoy, son comunes entre los habitantes del páramo andino, actividades como el deshierbe del terreno, la siembra y cosecha colectiva, modalidades de intercambio de la fuerza de trabajo expresada en la mano vuelta, convite, cayapa, etc. Actividades estas heredadas de las antiguas prácticas comunales indígenas de trabajo y producción.

Efectivamente, la condición de trabajo de los antiguos pobladores de esta región estaba cimentada en una asociación de esfuerzos para el beneficio colectivo, y es precisamente este aspecto el que determinó el grado de avance observado en el desarrollo de las actividades productivas que generaron un patrón de ocupación del espacio tan característico en la zona. El mismo comportamiento se observa en la construcción de la vivienda, ya que cuando se va a construir, se reúnen los enseres y herramientas necesarios entre familiares y vecinos, y se procede a trabajar en grupo (en *cayapa*, *convite*, etc.); mientras los hombres construyen, las mujeres se ocupan de la cocina y de facilitarles el trabajo. Es importante señalar que hoy día es cada vez mayor la participación directa de la mujer en las labores propias de la construcción.

En El Paramito cada lugar natural está definido por una estructura simbólica compleja que llega a determinar el valor de cada roca y de cada planta. El concepto de posesión de la tierra es determinado por su carácter indisoluble: ya no es la gente la que posee la tierra sino que es la tierra la que posee a la gente. Las propiedades nunca se miden, son conocidas, pero nunca en extensión. Cada hombre y mujer está eternamente ligado a su tierra: no importa la riqueza de la tierra contigua, nadie puede mudarse de tierra ya que está poseído por ella.

Lo más representativo de esta comunidad es su concepción de propiedad de la tierra, pues la conciben como espacio compartido de todos, común. Son comuneros (según el derecho consuetudinario) los descendientes de los indígenas que a finales del siglo pasado no aceptaron adjudicaciones individuales, sino que reclamaron

la persistencia de la tierra comunal, que les fuera asignada por el agrimensor la zona El Paramito Alto.

Bajo este principio, los indígenas Timote de El Paramito han elaborado una serie de reglas de convivencia a los que llaman *estatutos de la mancomunidad* los cuales se han observado rigurosamente y se han transmitido por la tradición oral (Bastidas, 1998). Estos estatutos testimonian la condición social de esta población, su simbiosis con la naturaleza, su arraigo a las tradiciones ancestrales y su adecuación a los cambios que el tiempo marca, según se puede observar en algunos de los que aquí se señalan (Bastidas, 1998:37-38):

- Ningún comunero puede apropiarse indefinidamente de un lote de terreno, salvo en el lugar donde tiene la casa. Las cercas no tienen connotación de propiedad privada, sólo se les usa para impedir que el ganado dañe las sementeras o se extravíe en el páramo.
- Los trabajos para arreglar linderos, caminos, carretera, riego y otros de interés general son realizados por todos los miembros de la comunidad, de manera organizada y voluntaria.
- Cada vez que el comunero necesite rotar sus cultivos o intensificarlos deberá someterlos al consenso de toda la comunidad, la cual tiene la atribución de negárselo o aceptarlo, por lo general la respuesta es positiva.
- Ningún comunero puede vender las bienhechurías. En el caso de hacerlo pierde el derecho de permanecer en la mancomunidad (es desterrado), aún cuando la venta se haga a otro comunero del mismo grupo.
- Se aceptan como nuevos miembros de la comunidad pero sin derechos, a individuos de otra comunidad que sean compañeros maritales de algún miembro. La nueva pareja debe establecer su domicilio al lado de la casa materna (del comunero), siempre y cuando la comunidad en pleno lo autorice.
- No se podrán arrendar las tierras de la mancomunidad, sin embargo existe la figura del medianero, en este caso el que no es miembro de la comunidad deberá aportar la semilla y el abono, mientras que el comunero aporta la tierra y el trabajo.

En lo laboral comparten las tareas o se apoyan en las jornadas diarias, pero el trabajo está definido por sexos, así, los hombres se encargan del trabajo de campo (siembra para la venta) y de las actividades que favorezcan a la comunidad, como la construcción de carreteras; y las mujeres se encargan del trabajo de la casa, esto consiste en cultivar lo que se comen, ordeñar vacas y sembrar plantas medicinales. Esta división del trabajo está íntimamente relacionada con el culto a la fertilidad pues se cree que la mujer y la tierra son sinónimas. Debe ser por esta razón que los hombres hacen el trabajo pesado mientras las mujeres son las encargadas de cultivar lo que se consume en la familia. Lo anterior también explicaría la relación mujer-cocina-tierra (huerto familiar).

5. La vivienda como representación de su cosmovisión e hibridación

Los poblados indígenas estaban formados por conjuntos de viviendas que se levantaban en muchos casos cerca de las llanadas naturales, distribuidas irregularmente, casi siempre a la orilla de algún río o quebrada (cuando no estaban protegidas por cercados). Los indios timotes llamaban *bohíos* a estas viviendas. Para el culto de sus ídolos construían bohíos más grandes que eran llamados *caneyes*.

Existen algunos autores que describen la vivienda indígena en forma variada, lo que permite deducir que se presentaron varias respuestas. Así, autores como Febres Cordero (1930) y J. C. Salas (1956) describen la vivienda indígena como una unidad sencilla con paredes de horconadura y barro sobre un cimiento de piedra de un metro o más de altura, con cubierta de cañas en las cuales se amarraban haces de paja superpuestos, con una hendidura para expulsar el humo del fogón. Esta descripción refiere más a la vivienda construida con tapia, como resultado de la hibridación con la arquitectura impuesta por los españoles.

A diferencia de estos autores, para Irida Vargas (1969) la vivienda es de forma rectangular, dividida en dos habitaciones. Una descripción más técnica se encuentra en las investigaciones de Erika Wagner, quien afirma: "se construían con piedra, sobre todo las bases que se llaman poyos. Estaban cubiertas con paja u hojas de frailejón y otros materiales

perecederos" (1987:13); mientras que Jacqueline Clarac (1976) distingue algunas variantes formales como: viviendas de planta circular y viviendas cuadradas o rectangulares, las de muros de piedra hasta el techo y las de basamento de piedra. Todo parece indicar que el concepto espacial que predomina en la vivienda original de la zona de estudio parte de dos formas básicas: el cuadrado –símbolo de dominación o poder– y el rectángulo –símbolo de protección y seguridad–. Ambas formas se insertan dentro de una estructura conceptual derivada de un orden teológico que deviene de un modelo cosmológico asociado a los elementos y leyes naturales.

Tipológicamente presenta dos formas básicas en la configuración de sus plantas: la primera, de base cuadrada o rectangular sin más aberturas que la puerta de acceso, formando un módulo con funciones múltiples donde se realizan todas las actividades hogareñas. Es un espacio único, cerrado y volcado hacia su interior, definiendo claramente su razón de cobijo y la raíz de sus ancestros indígenas. Estas viviendas inicialmente fueron construidas con piedra, en su basamento y paredes, hasta el techo, el cual era de paja o frailejón. Posteriormente se realizaron con otro sistema constructivo basado en el uso de la tierra –tapia y bahareque– otorgándole la morfología característica de todo el páramo merideño. La segunda tipología está formada por dos módulos dispuestos uno al lado del otro o en forma perpendicular, separados por escasos metros. Por razones asociadas a su visión cosmogónica del mundo y de los roles que a cada quien corresponde, esta tipología preserva la distinción del género: el espacio del hombre (habitaciones) y el espacio de la mujer (cocina). La célula básica es la familia y toda la organización de su espacio gira en torno a ésta; las variantes que se observan en su desarrollo están relacionadas con su aproximación al mundo externo y a su relación con él, es decir, con el trabajo y con sus relaciones sociales.

De estos vínculos surgen los otros espacios como consecuencia de la denominada hibridación cultural: el corredor externo y la habitación para guardar la siembra, el caney o la troja, parte fundamental del sistema productivo y componente clave en el conjunto del cual forma parte la vivienda. En la época prehispánica estos espacios eran construidos en los sitios destinados a la siembra.

Internamente, es clara la dualidad existente entre los valores propios y los adquiridos, que se identifican en la manera como el habitante se

apodera de estos espacios. Así, se observa que en la vivienda básica, aun siendo de un sólo módulo, el elemento predominante es la cocina y el fuego —el lugar femenino, el hogar— que también sirve como habitación y como depósito. En un extremo de la cocina se localiza el fogón y, en pocos casos, se observa el horno de pan; al otro extremo duerme la familia. Sus dimensiones son pequeñas y siempre se observa una relación de 1:2 en su planta; el espacio es cerrado y sólo existen las aberturas de la puerta y del techo para el desalojo del humo. La altura tiende a ser baja, oscila entre 1,80 y 2,00 metros en sus paredes externas y 2,20 a 2,60 metros en la parte más alta del techo; sólo en el caso de las viviendas construidas con bloques de concreto se sobrepasa los 3,00 metros en la línea de cumbrera del techo.

Cuando se construye un nuevo módulo, la cocina queda separada de la sala y las habitaciones, pero sigue siendo el centro de reunión de la familia en la hora de la comida. Adicional a esta función, es indispensable que la ubicación de la cocina esté directamente relacionada con la huerta familiar, ya que este espacio pertenece a la mujer y del producto de su siembra sólo ella tiene derecho. Lo mismo que del jardín. Curiosamente, los hombres sólo entran a la cocina para comer o para regular la temperatura corporal debido a las bajas temperaturas, de ello dan cuenta algunos cuentos que se han recogido de la tradición oral (Llambí, 2003:7):

La Señora Rosa se sentó en su taburete de madera, que con sus escasos quince centímetros de altura parecía un mueble miniatura de una casa de muñecas. Así le gustaba a ella, porque las piernas le quedaban encogidas bien cerca del cuerpo, y, más importante aún, del fogón. En un gesto rápido y sin voltear, alargó una de sus delgadas y largas manos hasta un montoncito de leña seca en la esquina más oscura de la cocina y cogiendo distraídamente unas ramitas de chispeador las acercó al fogón para avivar el fuego. Inmediatamente comenzó a repetirse un pequeño milagro cotidiano: la habitación se llenó lentamente del espeso humo negro que flotaba sobre nuestras cabezas sin molestarnos. La nube oscura alcanzó finalmente la puerta y comenzó a derramarse como una cascada invertida hacia el exterior, encendida por los últimos rayos de la tarde.

La sala es el espacio religioso donde se coloca el altar y se celebran las festividades y eventos más importantes de la familia: velatorio de los muertos, casamientos, rezar el rosario y para las romerías. No es

el lugar para atender visitas; éstas se realizan fuera de la casa, en el corredor que enlaza con la cocina, “en el afuera”. El dormitorio, en la mayoría de los casos único, es el lugar del reposo, es el sitio donde duerme toda la familia. Cuando son dos habitaciones o más, por lo general se comunican internamente a través de pequeños vanos, sin puertas; a veces se comparte como depósito.

Un elemento relevante en esta hibridación de culturas es el significado que se le asigna al baño, o el lugar donde se realizan las actividades “propias del cuerpo”, el cual siempre debe estar fuera de la casa, oculto, donde no se vea cuando se acude a él, ya que es el lugar de los malos aires y espíritus que enferman. Por eso es preferible que sea al aire libre, para que el viento se lleve todo, y para poder observar la naturaleza.

El adentro y el afuera: ésta es la clave para entender la vivienda de los pobladores de El Paramito. El adentro es la familia, es la intimidad, es lo oculto y es la protección; el afuera son los amigos, el trabajo, los negocios, los extraños, los malos aires. Y entre ambos espacios está el muro que lo delimita y los protege. En el resto de la envolvente sólo se pueden observar algunos pequeños óculos u ojos de buey, o ventanas pequeñas, que permanecen cerradas la mayor parte del tiempo; o en su defecto, se embute en ellas un vidrio, o botellas de vidrio, permitiendo de este modo el paso tenue del sol. El objeto de estas aberturas es estrictamente de control visual sobre el exterior, o de iluminación. Existen quienes opinan que la presencia o no de pequeñas aberturas en los muros se debe a las condiciones adversas del clima y a la necesidad de conservar el calor generado por el fuego de la cocina, o el calor biológico que se desprende de la reunión de sus habitantes. Generalmente, estas aberturas se sitúan en la parte alta de la pared, son cuadradas y sus dimensiones no alcanzan los cincuenta centímetros, y se encuentran protegidas por el alero. Si bien esta afirmación es cierta, existe una razón más importante relacionada con el rol separador del muro y el valor asignado a la intimidad de la familia, al establecer los límites de su espacio privado, “adentro” y el espacio público, “afuera”. Esta consideración también se encuentra en los trabajos de G. Luengo (1993:50) quien señala al respecto:

En la vivienda rural aislada tradicional, no son solamente razones relacionadas con el control térmico las que determinan la disminución del tamaño de las aberturas. Esta reducción, el

llevarla a su mínima expresión, está asociada también al muro como barrera, como el elemento protector ante los múltiples agentes exteriores hostiles, reales o imaginarios, que pueblan los fríos y desolados páramos andinos.

También se plantea una explicación como medida preventiva contra ciertas enfermedades, por ejemplo, lo que supone la protección de los niños contra el “mal de ojo”, como lo describe J. Clarac (1981:249):

La disposición que tiene generalmente la casa andina típica facilita la necesidad de esconder a los niños cuando llegan visitas; está cerrada en general por el lado de la vía (camino, calle o sendero), de modo que se debe dar la vuelta a la casa y entrar por el lado del patio trasero. Antes de que llegue un extraño allí generalmente ya ha sido anunciado por los perros de la casa y por los niños mayores. En el caso de que un niño pequeño esté en ese momento en el patio lo meten rápidamente dentro de la casa.

En síntesis, la casa supone protección, y el muro, el elemento que mejor sintetiza esta condición. Partiendo de este tipo básico de vivienda se generan nuevas tipologías que se van configurando en la medida que la familia crece y la producción también. Es común observar que por la adición de nuevos módulos rectangulares, para dormitorios o depósitos, se configuran nuevas formas planimétricas: dos módulos separados por un pequeño paso de circulación enfrentados o colocados perpendicularmente, en forma de L; dos módulos unidos por un pequeño corredor, el cual se convierte en el espacio social; viviendas que adquieren los rasgos de las viviendas rurales construidas por el Estado.

6. El arte de construir

Los sistemas constructivos están determinados por los aspectos ambientales y culturales, los materiales del lugar son los protagonistas de modelos de gran racionalidad que forman parte del acervo cultural de la zona. En general, la tecnología utilizada es la que se basa en el uso de la tierra, tapia o bahareque, dos sistemas representativos de la arquitectura tradicional. Inicialmente eran levantados con gruesas paredes de piedras superpuestas y trabadas. Generalmente, estas paredes llegaban hasta el techo, ubicando grandes rocas para cimiento de muro y para las esquinas y remates de los vanos de puertas. Esta

disposición del material dio como resultado muros de 50 y 60 cm de espesor, contruidos de manera uniforme y con una combinación de piedras de diferentes dimensiones; la separación entre una y otra era cubierta por pequeñas piedras en forma de cuña, unidas por un mortero arcilloso. La tradición oral describe este proceso de la manera siguiente (Prieto y Villahermosa, 1995:48):

Primero le hacían una zanja (caos o cepa), aproximadamente de 60 centímetros de ancho y la profundidad de la cepa se hacía hasta conseguir la parte dura del suelo trabajado. Luego se empezaba a construir gruesos muros de piedra para fabricar la pared. En estos casos pegaban las piedras con barro hecho de tierra, agua, paja picada y algunas veces desechos de animales y vegetales para que no quedara ninguna hendija y evitar la penetración del aire y el frío en el interior de la vivienda.

Es evidente que el uso de los materiales de construcción estaba supeditado a lo que la propia naturaleza podía proveer y a las necesidades que debía satisfacer; así, se puede señalar que el empleo de la piedra era obligante no sólo por el carácter pedregoso del suelo, y de su disponibilidad inmediata, sino también por sus propiedades térmicas, ya que al estar expuesta al sol durante el día, se calienta y conserva en el interior de la vivienda una atmósfera cálida que se prolonga durante la noche. “Además, la piedra como material de construcción le confiere a la vivienda una eterna duración en el tiempo” (Tradición oral).

Progresivamente este sistema constructivo fue sustituido por otro, constituido por horcones de madera que era transportado de otras zonas y que se usaban para los pilares y el techo, mientras que las paredes estaban formadas por cañas amarradas con bejucos, rellenas de barro y paja, constituyendo de este modo el sistema conocido como bahareque. La paja, utilizada para los techos, era de fibra larga y voluminosa, proveniente de la zona del páramo y brindaba excelente protección de la lluvia, el sol y el frío. Se ha señalado que el término *bahareque* proviene del vocablo *pajareque* y se refiere al sistema usado para preparar el barro, en que se emplea tierra bien mojada y mezclada con una paja fina de la familia de las gramíneas.⁶ Por otra parte, para la

6 Don Arístides Rojas en un ensayo de un Diccionario de Vocablos Indígenas, de uso frecuente en Venezuela, al tratar del vocablo “Bahareque” dice: “Bahareque” – ‘Bahareque’ – ‘Bahareque’ – ‘Bahareque’. Vocablos que equivalen a casa con paredes hechas de horcones entretrejidos con cañas y rellenas con barro amasado con paja. Según los materiales que se empleen y lo acabado del trabajo, así será el ‘Bahareque’, elegante o tosco” (Beroes, 1912:368).

cubierta de techo era utilizado material vegetal, entre ellos, el frailejón, planta autóctona de la zona del páramo que tiene la propiedad de ser caliente por su característica lanuda; también era utilizada para contribuir a la preparación de los alimentos (se usaba en lugar de la leña para prender el fuego), arroparse (mantener el cuerpo caliente), hacer cama y como planta medicinal para enfermedades bronquiales (para los malos aires).

Es interesante verificar en este proceso el carácter antropométrico de las construcciones, ya que la construcción de la vivienda se realizaba sobre la base de las medidas del hombre. Utilizaban la *vara* como medida abstracta, conformada por tres longitudes de la huella de un pie humano o por cuatro palmas o *cuartas* (entre los dedos meñique y pulgar de una mano abierta). El *paso* era otra medida, que equivalía a la distancia entre huellas de talón en tierra húmeda (era igual a una vara). En el momento de la construcción elegían el personaje de mayor estatura entre quienes estuvieran presentes, éste daba un paso adelante y se medía la distancia de huella a huella del talón. Luego se cortaba y se pulía una vara delgada con la dimensión así obtenida; entonces se convenía una medida llamada *vara de tierra*, que variaba según los usuarios. Éste es el orden establecido por las construcciones tradicionales, impregnado de los ideales humanistas clásicos: el hombre como centro y medida de todas las cosas, la "*imago mundi*" asociada a un lugar determinado.

Actualmente en El Paramito ya no se existen las viviendas construidas con piedra y sólo quedan algunas viviendas en muy malas condiciones que están construidas con tapia. El sistema constructivo más utilizado es el bahareque; pero, y esto es lo lamentable, cada vez más es común la sustitución de la tierra por materiales industrializados, bloques de arcilla o concreto, y los techos de teja criolla son sustituidos por láminas de zinc o asbesto. El bahareque es un sistema constructivo muy sencillo que está compuesto por una armazón de horcones verticales hincados en el suelo colocándoles piedras para compactar la fundación, entrelazados con cañas recubiertas a manera de embutido de barro, este material también se utiliza para el empañetado final de las paredes, utilizando la tierra del sitio que puede mezclarse o no con fibras vegetales. Una descripción del proceso constructivo lo señala Roberto Briceño-León (1990:111-112) de la siguiente manera:

Primero escoge (el campesino) el lote y lo desmata; si es necesario hace un poco de nivelación del terreno para que quede horizontal

y espera que la luna esté menguante para ir a cortar los árboles que le servirán de estructura a la casa: los horcones. Esto es importante para proteger la madera de los insectos y no entre el coquito. Aunque un buen horcón de corazón no lo precisa, algunos campesinos queman la parte del tronco que se enterrará para evitar así que la humedad pudra la madera. Una vez plantadas las columnas de la casa, le abren unos bocados en la parte alta; donde luego se aposentarán las soleras o maderas que unen las columnas y permitirán colocar el techo que, en dos aguas, se levanta sobre una estructura de maderas llamadas tirantes y cumbreras, que el campesino tradicional amarraba con un bejuco llamado cola de burro y en la actualidad se juntan con clavos. Cuando se llega a este punto, el campesino busca la palma real; le corta las hojas, las divide en dos y las pone a secar. Luego las tejerá directamente sobre el techo, para construir el cobijo de la casa. Cuando tiene mucha premura en mudarse, o es la época seca que dificulta trabajar el barro, coloca las palmas como paredes exteriores y se instala allí. Cuando no, procede a la colocación de las paredes. Para eso busca unas ramas pequeñas de caña amarga o bambú o simplemente listones con los cuales unen los horcones por uno o dos lados de las columnas, con esto forman una suerte de cesta que posteriormente se pasa a embutir con barro simple o con piedras. En caso de que resulte oneroso encontrar agua para formar el barro o la tierra sea demasiado arenosa y poco arcillosa, el barro se usa, apenas, para sellar los intersticios de las piedras y darle una frisada general. El día que se coloca el barro, la pared se muestra con una superficie lisa; pero a los pocos días la evaporación hace su efecto y el moldeable barro se transforma en un material sólido y compacto que ofrece la seguridad y protección exigida a cualquier muro.

El bejuco era el único material del páramo que podía servir para amarrar la cumbrera, los horcones, las varas y los manojos de paja, porque era fuerte flexible y duradero. Su condición de flexibilidad era la más importante dada la condición sísmica de la zona.

Como se ha descrito, el proceso constructivo comprende cuatro fases secuenciales que son: Horconadura, Encañado, Embutido y Empañetado. Es una técnica bastante simple, pero su mayor riqueza deriva de las diversas formas de construir el encañado y en el uso de los materiales en el embutido.

Para el encañado se utilizan diversos materiales vegetales como cañas, bambú, carruzos, ramas, tablitas o cualquier tipo de palo delgado

que proporcione el medio en el que se aplica el montaje del encañado. Este se amarra o clava horizontalmente a la horconadura, formando el cajón que recibirá el embutido y a la vez sujeta el empañetado. El embutido es el relleno del encañado, la manera más común es el barro amasado con paja. La variación en la forma y la selección de materiales están sujetas a las costumbres y a los materiales que el medio provee; si abundan las piedras, se les utiliza, si hay disponibilidad de madera igualmente se les utiliza. El empañetado consiste en una mezcla bastante fina y pastosa de barro con o sin paja, con cal o cemento, que funciona como enlucido que cubre el encañado y embutido; en ocasiones se coloca otra capa más fina llamada sobrepañete, que da el acabado final de la pared. Esta debe colocarse con la pared aun húmeda para asegurar la adhesión, se puede decir que el empañetado es una especie de friso que da apariencia de aplanado para recibir la pintura o lechada de cal.

Esta tecnología se ha mantenido en el ámbito rural venezolano a través del tiempo, pero cayó progresivamente en desuso a mediados del siglo XX desplazada por campañas sanitarias orientadas a combatir condiciones de vida insalubres derivadas del deterioro interior de las viviendas. Esta intervención generó cambios sustanciales en el uso de materiales y en la tipología de la vivienda autóctona, que progresivamente se han ido asumiendo por cuanto ello comporta semejarse más a las casas del pueblo, más sanas e higiénicas. Sin embargo, y aquí es donde prevalece la esencia de su arquitectura, se mantienen inalterables los rasgos que la tradición indígena ha conservado: la división del espacio por género, la cocina como el centro del núcleo familiar, la vinculación con la madre y la naturaleza, el trabajo colectivo, la definición del espacio público y privado, la actividad contemplativa como parte sustancial de la vida, el respeto y el miedo a los entes naturales, y, por encima de todo, la valoración y el resguardo de su condición indígena. Esta simpleza de su configuración en modo alguno denota carestía de significados, al contrario, en la simplicidad no hay nada preconstituido, nada inmóvil, todo se vuelve equilibrio, medición, relaciones proporcionales, organización vital y transparencia misteriosa, tal como señala Gregotti (1993:96):

...la simplicidad de un edificio tiene que ver con el silencio: es la constitución de una pausa en el tumulto del lenguaje, precisa la eliminación de sentido entre los signos, aparece como la fijación orgullosa de una infinita serie de vacilaciones, pruebas, cancelaciones, experiencias: es la reescritura de lo que siempre

supimos. El proyecto simple destruye toda neurosis del porvenir, restituye el pasado, no ya una supervivencia, que es la forma hipócrita del olvido, sino una nueva vida, que es la forma noble de la memoria.

Y esta es la gran invariante de la arquitectura indígena de El Paramito, una edificación simple que protege y revela al mismo tiempo su esencia; que hace referencia a la idea de unidad y homogeneidad “en la que todas las razones que lo componen han encontrado una disposición propia y provisionalmente definitiva” (Gregotti, 1997:96). Esto quiere decir que la edificación se apoya tanto en un principio de implantación como en los propios cimientos físicos –en su conexión con el suelo y con la geografía que representa su historia– y esta es la justificación de la vivienda indígena del pueblo Timotes en el Paramito Alto del Estado Mérida.

Bibliografía

- ACOSTA S., M. (1961). *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca Central, UCV. Caracas, Venezuela.
- BASTIDAS V., L. (1997). Una mirada etnohistórica a las tierras indígenas de Mérida. Cl: Época Colonial. En: *Boletín Antropológico*, Centro de Investigaciones Etnológicas, ULA, No. 41. Mérida, Venezuela.
- (1998). Una mirada etnohistórica a las tierras indígenas de Mérida (el problema en la actualidad). En: *Boletín Antropológico*, Centro de Investigaciones Etnológicas, ULA, No. 44. Mérida, Venezuela.
- BEROES, A. (1912). La construcción de bahareque; memorias y estudios sobre asuntos técnicos nacionales. En: *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*. Año 2, No. 19. Caracas, Venezuela.
- BRICEÑO LEÓN, R. (1990). *La casa enferma*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana Consorcio de Ediciones Carriles C.A. Caracas, Venezuela.
- CLARAC DE BRICEÑO, J. (1981). *Dioses en el Exilio: representaciones y prácticas simbólicas en la cordillera de Mérida*. Editorial Arte, Caracas, Venezuela.
- (1976). *La cultura campesina en los Andes venezolanos*. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Colección Mariano Picón Salas, Mérida, Venezuela.
- FEBRES-CORDERO, T. (1960). *Décadas de la historia de Mérida*. Tomo I. Editorial Antares Ltda., Bogotá.

- GASPARINI, G. (1986). *Arquitectura popular en Venezuela*. Armitano Editores C.A. Caracas, Venezuela.
- GASPARINI, G. y LOUISE, M. (1998). *Arquitectura de tierra cruda en Venezuela*. Armitano Editores C.A., Caracas, Venezuela.
- GREGOTTI, V. (1993). *Desde el interior de la arquitectura*. Ediciones Península. Barcelona, España.
- LUENGO, G. (1993). *Arquitectura tradicional de alto páramo venezolano*. Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones. Mérida, Venezuela.
- LLAMBÍ, L. (2003). Rosa y Epifanio. Una historia de los páramos bravos. Mérida, Venezuela (mimeografiado).
- MUNTAÑOLA, J. (1974). *La arquitectura como lugar*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, España.
- PATETTA, L. (1984). *Historia de la arquitectura. Antología crítica*. Editorial Hermann Blume, Madrid, España.
- PEREIRA, N. (1996). *Generalidad y particularidad del fenómeno urbano. Mucuchíes: un caso concreto*. Consejo de Publicaciones Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.
- PEREIRA, N. et al. (2004). Atlas de la Vivienda rural en los andes venezolanos, Mérida, Venezuela (Mimeo).
- PIETRO, M. y VILLAHERMOSA, Z. (1995). *La vivienda campesina en los Andes venezolanos: un enfoque etnohistórico*. Trabajo Especial de grado, Facultad de Humanidades y Educación. Mérida, Venezuela.
- RIOS, J. y CARBALLO, G. (1990). *Análisis histórico de la organización del espacio en Venezuela*. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.
- WAGNER, E. (1987). Arqueología de los andes venezolanos. En: *Actual*, No.14, Revista de la Dirección General de Cultura de la Universidad de Los Andes, Talleres Gráficos Universitarios. Mérida, Venezuela.
- WIESENFELD, E. (2001). *La autoconstrucción. Un estudio psicosocial del significado de la vivienda*. Comisión de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas, Venezuela.